



Mogica dib^o y lit^o

Lit. de la obra a cargo de S. Gonzalez S^{ta} Clara 8. Madrid.



Ignacio Guerra

EL MARISCAL DE CAMPO

DON IGNACIO GURREA.

PROCEDENTE DEL ARMA DE CABALLERIA.

—»»»»»Su antigüedad 29 de julio de 1854.»»»»»—



Miranda

NACIÓ D. IGNACIO GURREA en Ujué, provincia de Navarra, el día 2 de febrero de 1812, siendo sus padres el general D. Manuel Gurrea, que murió gloriosamente en la batalla de Andoain el año de 1837, y doña Teresa Medrano. Educáronse D. Ignacio y sus hermanos en un colegio de Inglaterra, donde permanecieron hasta 1850, que pasaron á otro de Francia. El año de 1853 le pasaron en Burdeos con su padre, de quien empezaron á recibir las primeras nociones militares, inclinándose los tres hermanos á la carrera de las armas. Había comenzado el año de 1854 cuando regresaron á España, y habiendo el general, su padre, ofrecido sus servicios á S. M. la Reina, como conocedor que era del teatro de la guerra, fué destinado á las inmediatas órdenes del general en jefe, que era á la sazón el marqués de Rodil. Estimaba este mucho al bizarro general Gurrea, y habiendo este manifestado su deseo de que

entrasen sus hijos como cadetes en el arma de caballería, el general Rodil se opuso y los hizo ingresar en el cuerpo de Carabineros, de que era inspector, con el objeto de que ascendieran al empleo de alférez con mas prontitud y facilidad.

1854.—Como soldado distinguido del cuerpo de Carabineros de Costas y Fronteras, empezó, pues, á servir GURREA en 1.º de julio de este año; en 31 del mismo mes se halló en la acción de Artaza; en 5 de noviembre en la de Sesma; y en 15 de diciembre en la de Barabia.

1855.—En 16 de enero fué nombrado GURREA alférez de caballería por orden de D. Francisco Espoz y Mina, general en jefe del ejército de operaciones del Norte, aprobando S. M. este nombramiento por Real orden de 27 de marzo siguiente, y quedando desde luego incorporado al regimiento caballería de Castilla, 1.º de Ligeros.

Agregado despues al E. M. de aquel ejército, desempeñó GURREA á satisfacción de sus jefes cuantas comisiones le fueron confiadas, encontrándose en la mayor parte de las acciones que en aquella campaña tuvieron lugar, mereciendo particular mención la de Elzaburu el 11 de marzo; la de la meseta de Larramear el 12, donde fué tan distinguido su comportamiento que mereció la cruz de San Fernando de 1.º clase que le colocó el general Mina sobre el campo de batalla; la de Mendigoria el 16 de julio, portándose en ella tan bizarramente que fué premiado con el grado de teniente de caballería, disfrutando tambien la condecoración que se concedió á los que se encontraron en aquella jornada; la acción de la ermita de Cirauqui el 16 de octubre; y las del 27 y 28 del mismo en Guevara y Salvatierra.

En 10 de noviembre de este año pasó á las órdenes del general de Lacy Evans como su ayudante de campo, mandando este general el cuerpo de ejército de la costa de Cantabria.

1856.—Con el mismo general y en la legion auxiliar británica se halló GURREA el 16 de enero en la acción de Andijur, continuando en operaciones hasta que en 3 de mayo tuvo lugar la toma de las líneas de San Sebastian contra las fuerzas carlistas que mandaba Sagastibelza. GURREA se distinguió en este sangriento hecho de armas de una manera tan notable que mereció ser ascendido á teniente de caballería, obteniendo tambien la cruz de distincion correspondiente.

Despues asistió á la acción del paso del rio Urumea y toma de Pasajes el 28 del mismo mes; á la del 31 en que los carlistas atacaron las

líneas de Ayete; al ataque general de las líneas por los mismos el 6 de junio donde se hizo particular mención de su conducta y arrojo; al del 9 en las mismas líneas; á la acción del 11 de julio al frente de Fuenterrabia, y á la del 1.º de octubre en las inmediaciones de Ametzagaña, haciéndose mención de su nombre en el parte elevado al gobierno de S. M.

Consta asimismo de la hoja de servicios de este general, que tenemos presente, que á las órdenes del expresado comandante general de la legion auxiliar británica, GURREA *mostró un celo nada comun por el mejor servicio, cumpliendo satisfactoriamente cuantas comisiones se le confiaron.*

1857.—Con el mismo general se encontró el 10 de marzo en la toma de las líneas de Ametzagaña, y el 13 del mismo en la brillante y feliz acción y asalto de las de Oriamendi, donde fué ocupado este fuerte con dos cañones, la venta, casa fortificada y barricadas inmediatas, y el 16 en la que con menos fortuna sostuvieron las tropas liberales en el mismo sitio, siendo desalojados por los carlistas, considerablemente reforzados, de las mismas posiciones que el día anterior habian tan denodadamente conquistado. En estos reveses de la fortuna es donde se prueba verdaderamente el temple de las almas, y donde se acrisolan y demuestran los quilates de verdadero valor que el corazon abriga. GURREA en medio de la dispersion general hizo cuanto puede hacer un hombre de honor y un oficial pundonoroso que prefiere la muerte en el combate á la deshonor de la huida, empenándose con grave riesgo en hacer entender su deber á los fugitivos soldados, como puede verse en la siguiente notable recomendación que hizo de este ayudante al general en jefe el brigadier Le Marchant.

«Al dirigirme en la mañana del 16 de marzo al centro de la línea á dar órdenes á la brigada ligera, observé que el 8.º regimiento de la misma cedia el terreno, retirándose con rapidez en el mayor desorden. A alguna distancia de mí observé tambien, con especialidad, que el teniente GURREA desenvainó su espada, procurando en alta voz excitarlos á volver á su puesto, lo que al fin logró, colocándolos otra vez en posicion. El teniente GURREA se dirigió con el 8.º regimiento al extremo de la línea de los tiradores enemigos, y durante largo tiempo permaneció expuesto á un vivísimo y mortífero fuego, animando á los soldados y ofreciéndose á conducirlos á la carga. Poco despues el teniente GURREA cargó con denuedo con el primer regimiento de lanceros, mandados por el coronel Wakefield, y le hirieron de un balazo el caballo que montaba, debajo del cual quedó postrado.

«Durante los últimos diez y ocho meses he tenido frecuentes ocasiones de ver al teniente GURREA en el campo de batalla, mostrando siempre su serenidad é intrepidez; pero su notable bizarría en la acción del 16, reuniendo un regimiento dispersado y dando un noble ejemplo á oficiales y soldados de otra nacion, ha excitado mi admiración en el mas alto grado: así es que, animado de estos sentimientos, tengo la mayor complacencia en elevar á la consideración de V. E. el nombre de este joven y bizarro oficial.—San Sebastian 17 de marzo de 1857.—El brigadier jefe de E. M.—Gaspar Le Marchant.»

El general Evans al dar cuenta al gobierno de este hecho le decia:

«Considero que por el bien del servicio de S. M., oficiales como este debieran adelantarse en el ejército, y ya le recomendé tambien muy especialmente por su conducta en otra acción anterior, y le considero acreedor á mucha recompensa.»

En otra ocasión dijo tambien el mismo general Evans refiriéndose á GURREA:

«Se ha distinguido por su valor en todas las acciones que he mandado en servicio de S. M. y no solo se ha distinguido como mi ayudante en el campo, sino es que en su importante cargo, como secretario

«militar mío, ha llenado sus deberes con notable fidelidad, discreción é inteligencia.»

Por esta acción de Hernani GURREA fué propuesto para el inmediato empleo de capitán, no siéndole concedido más que el grado. GURREA, sin embargo, cargando en aquella acción con una fuerza de lanceros ingleses recibió una terrible contusión, que le tuvo postrado más de tres meses: sus amigos querían pidiérsela la cruz laureada de San Fernando; pero él, demasiado modesto, no quiso hacerlo.

Concurrió después GURREA al ataque que los carlistas dieron el 6 de mayo en la línea de Loyola; á la toma de Hernani el 14 del mismo; al sitio, asalto y toma de Irún en los días 16 y 17 donde mereció ser recomendado, y obtuvo otra cruz de San Fernando de 1.^a clase, además de la de distinción que se creó por aquel hecho de armas; y el 29 del mismo mes á la acción de Andoain, siendo por su bizarría promovido á capitán sobre el mismo campo de batalla.

Disuelta la legión inglesa, el general en jefe D. Baldomero Espartero quiso nombrar á GURREA su ayudante de campo; pero este le manifestó que si bien agradecía la distinción, siendo ya capitán efectivo deseaba pasar á servir en un regimiento de su arma, porque siguiendo en el E. M. como hasta entonces, podría, si la guerra duraba, llegar á ser jefe sin conocer prácticamente el servicio y mecanismo de los cuerpos, ni las necesidades del soldado. El general en jefe aprobó esta honrosa resolución diciendo que no la olvidaría y le preguntó en qué cuerpo deseaba servir. GURREA eligió el de Húsares de la Princesa, incorporándose á él en 1.^o de setiembre, y se halló en la acción de Huerta del Rey y en la de Arquijas, continuando en campaña el resto del año.

1838.—Continuaba la guerra en las provincias del Norte sostenida por ambos partidos beligerantes con obstinado empeño, y ya desde principios de año se halló GURREA en la acción de Biarritz que tuvo lugar el 18 de enero; en la de Legarda y toma del puente de Belascoain y reductos de Ziriza el 23, 29 y 30 del mismo, y el 9 de febrero en la de Bargota. En los días 19 al 22 de junio se halló en el sitio y rendición de Peñacerrada, en cuya toma tuvo su regimiento una parte muy gloriosa, siéndole concedido para el estandarte 5.^a corbata de San Fernando. GURREA supo distinguirse particularmente y obtuvo en recompensa el grado de teniente coronel sobre el campo de batalla, confirmando esta gracia S. M. por real despacho de 6 de setiembre y antigüedad de 22 de junio. El 14 de julio se encontró también en la toma del fuerte de Labraza, el 2 de setiembre en la sorpresa de Lodosa, y en la acción de La Población el 14 de diciembre.

1839.—Después de sufrir los crudos y peligrosos campamentos que tuvieron las tropas con motivo de los sitios de los fuertes de Ramales y Guardamino, tomados finalmente á los carlistas en los días 8 y 14 de mayo, asistió GURREA el 24 á la ocupación de Orduña; el 14 de agosto á la acción de Villareal de Alava; el 20 á la toma del fuerte de San Antonio de Urquiola y el 31 al célebre convenio de Vergara, marchando en octubre con el ejército al territorio aragonés, donde todavía se ostentaban pujantes las armas carlistas.

1840.—Último esfuerzo por parte de los unos para sostener una causa ya espirante y por la de los otros para coronar una victoria que ya no parecía dudosa, pero que todavía debía ser muy disputada, la campaña de este año presentó una notable serie de brillantes hechos de armas. GURREA se halló en el sitio de Segura desde el 23 al 27 de febrero, en el de Morella desde el 19 al 30 de mayo, y en junio fué nombrado ayudante del general en jefe duque de la Victoria, quien también le eligió su secretario de campaña para reemplazar al general Linaje.

Con el referido general Espartero se encontró GURREA en todos los movimientos y operaciones que se practicaron en Cataluña, y especialmente en la batalla y toma de Berga el día 4 de julio.

Por Real despacho de 28 de diciembre y con la antigüedad de 30 de mayo le fué conferido el empleo de comandante de escuadrón en premio del mérito que contrajo en las operaciones ejecutadas para la toma de Morella y su castillo, cesando con este motivo en el mando de la compañía de Tiradores del regimiento de Húsares que había tenido desde 1838.

1841.—Continuó GURREA desempeñando las funciones de ayudante del general D. Baldomero Espartero, Regente á la sazón del reino y también las de su secretario particular, habiendo cesado en el cargo de secretario de campaña á la disolución de los ejércitos reunidos; y se halló al lado del gobierno en los sucesos del 7 al 8 de octubre, por lo que disfrutó la cruz correspondiente. El 19 del mismo mes salió con el Regente para las provincias del Norte donde continuó hasta su completa pacificación, siéndole conferido el 10 de noviembre grado de coronel en recompensa de los servicios que prestó; y regresando á Madrid el 25 del mes últimamente citado.

1842 y 1843.—Permaneció en su mismo destino de ayudante del Regente del reino á quien acompañó á Barcelona cuando estalló la rebelión de aquella ciudad en el mes de noviembre, corriendo después sus mismas vicisitudes y acompañándole en todas sus marchas hasta que en julio de 1843 emigró con él á Inglaterra. No queriendo entonces GURREA ser gravoso á su familia entró como dependiente en una casa de comercio. El duque de la Victoria se opuso mucho á esta resolución ofreciéndosele amistosamente; pero GURREA con una delicadeza esquisita insistió en ello.

1844 á 1835.—En la dura suerte de emigrado permaneció GURREA en Londres en la expresada clase de dependiente de una casa de comercio, hasta que nombrado el duque de la Victoria senador del reino vino GURREA á Madrid en octubre de 1847 á saber si aquel general podía y debía volver. Regresó luego á buscarle y volvió con él á España en enero de 1848; pero en mayo del mismo año fué preso GURREA y embarcado en San Sebastián para Cadiz.

Allí le pusieron en libertad, confinándole á Puerto-Real y asegu-

rándole el gobernador de Cadiz que no se le deportaría; pero á las 24 horas le volvieron á prender cuando más confiado estaba: resuelto, sin embargo, á no dejarse embarcar logró fugarse, y aunque con dificultad se refugió en Gibraltar.

Esta persecución no estaba justificada por motivo alguno, pues entonces GURREA no se ocupaba de asuntos políticos, y «prescindiendo de las maneras con que me trataron en más de una ocasión, dice el mismo general, hubo incidentes que me afectaron cruelmente, siendo uno de ellos el de haberme pasado preso por el mismo campo de batalla donde había muerto mi padre, y para hacer más notables las vicisitudes humanas, los jefes que me conducían habían sido carlistas.»

Desde Gibraltar pasó GURREA á Montpellier, acompañando á un amigo suyo que iba enfermo, y deseaba consultar los médicos de aquella escuela; hasta que en virtud de la amnistía regresó á España en julio de 1849.

No queriendo volver á ingresar en el ejército buscaba GURREA ocupación cuando D. José Salamanca le ofreció, en nombre de la empresa, el empleo de director de explotación del ferro-carril de Aranjuez. Aceptó GURREA, pero pundonoroso en extremo, pidió tiempo para instruirse en un ramo que no conocía, y en efecto pasó á estudiarle á París, haciéndolo con tanto celo y aprovechamiento que á su regreso á Madrid pudo instruir el personal, y prepararlo todo para la inauguración y servicio del camino, permaneciendo en este destino hasta 1852, y ocupándose después en obras públicas con una sociedad de amigos. Durante todo este tiempo se le ofreció por algunos ministros, pero más particular y amistosamente por el general Lersundi, volver á ingresar en el ejército; mas GURREA se negó constantemente á ello, deseando tan solo ocuparse de los negocios con que decorosamente se procuraba la subsistencia.

«Hasta mediados del 32, dice el mismo general, no me ocupé de política, pero observando entonces la honda división del partido moderado, principié á ponerme de acuerdo con algunas amigas de varias provincias, con la condición de que solo conmigo habían de entenderse. Este fué el origen de mi presentación en Zaragoza en el alzamiento de julio de 1834, habiéndome pedido así mis amigos políticos.»

«Hallábame en Bilbao en 30 de junio cuando supé que O'Donnell había dado el grito. Al día siguiente me puse en marcha, que hice á caballo, y con arreglo á lo convenido el día 5 de julio estaba ya en casa de un amigo en un pueblecito inmediato á Zaragoza, llamado Ainzón, y tres días después en aquella ciudad oculto en la casa de campo de D. Juan Bruil, á quien debí los cuidados más amistosos.»

«El 17 se hizo el alzamiento y el ayuntamiento y mayores contrabuyentes eligieron la junta: el Duque presidente honorario, yo presidente; y el 21 me nombró la junta capitán general del distrito, y la Reina me confirmó en el mismo cargo en 1.^o de agosto.»

Después de haber visto como el mismo general refiere la parte que tomó en el alzamiento, solo nos falta añadir, que como comprendido en el Real decreto de 30 de agosto le fué abonado el tiempo que había estado separado del servicio por causas políticas, desde 1.^o de agosto de 1843 revalidándosele el empleo de coronel con fecha 1.^o de julio de 1845, el de brigadier con la de 30 del mismo mes y año, y confiriéndole el empleo de MARISCAL DE CAMPO con la antigüedad de 29 de julio de 1834.

1835.—Continuaba GURREA en el desempeño de la capitania general de Aragón, tan importante bajo muchos conceptos, cuando ocurrió la sublevación montemolinista del capitán Corrales, que si bien no fué tan imprevista que no se tuvieran de ella algunos ligeros indicios, la rapidez con que siguió la realización á la sospecha, impidió que pudieran prevenirse sus primeros efectos. Oigamos al mismo general referir sus operaciones.

«Habiendo yo establecido, dice, la costumbre de tener conferencias militares con los jefes de los cuerpos en los días 1.^o y 15 de cada mes para tratar de asuntos del servicio, les manifesté en la del 1.^o de marzo, que sabía de una manera fidedigna que en tres distritos se trababa con empeño para seducir al ejército, y principalmente á la clase de sargentos, con el fin de provocar una insurrección militar, y que por lo tanto era preciso estar muy alerta. Todos fueron de opinión de que no parecía creíble que se intentase una cosa semejante en Aragón, y mucho menos en Zaragoza donde es tan bueno el espíritu público; pero á pesar de todo convinieron en vigilar á los sargentos observando su conducta, si gastaban más de lo regular, y cualquiera otro indicio que pudiera hacer creer lo que se sospechaba de aquella clase. Pero así en las conferencias subsiguientes como siempre que me veían me aseguraban los jefes que nada absolutamente habían observado que los indujera á sospecha alguna.»

«De este modo se pasaron tres meses, hasta que en la noche del 22 al 23 de mayo y á cosa de la una de la madrugada, se me presentó un oficial del escuadrón de Bailén, manifestándome que toda la caballería, compuesta del referido escuadrón y las secciones que había en la ciudad de los de Aragón y Cataluña, habían botado sillas de órden del capitán Corrales, saliendo del cuartel por la puerta del campo, en estado de abierta insurrección. Interrogándole yo más minuciosamente pude al fin llegar á enterarme de que el hecho había tenido lugar del modo siguiente:

«Hallábase aquel oficial con otros dos más, uno por cada escuadrón de servicio en el cuartel, cuando á eso de las diez de la noche se presentó el capitán Corrales, pretestando que tenía su caballo enfermo y se puso á jugar con ellos al tresillo. Nada recelaron al pronto los oficiales, hasta que de improviso se vieron sorprendidos por los sargentos armados de carabinas y acompañados de algunos paisanos, uno de los cuales era el cabecilla Puelles. Encerraron entre todos inmediatamente á los oficiales en un cuarto, desde donde pudieron oír que

«la tropa ponía sillas y formaba en el patio, hablándose de Carlos VI, pero también que á los soldados les decían que en Calatayud había es- tallado una insurrección y que el capitán general estaba ya en la ca- sa de la Cadena esperando los escuadrones para marchar en aquella dirección. Era esta ficción tanto mas verosímil y á propósito para en- gañar al soldado cuanto que se hablaba, hacia días, en Zaragoza de una insurrección carlista que debía efectuarse en Calatayud; y estos rumores habían tomado tal cuerpo que desde el 16 estaba yo toman- do medidas de prevención y el 22 precisamente había ordenado por el telégrafo á las autoridades de aquella población que reconcentrasen en ella los nacionales de Ateca, el Fresno y Aniñón, además de la pe- queña columna del comandante Villanueva que estaba hacia tres me- ses en observación del campo de Bello, donde recelaba yo se levan- tasen los cabecillas Marco. Estas medidas con las cuales se evitó el al- zamiento de Calatayud daban, pues, un gran color al engaño de que Corrales y sus cómplices se valían para sacar á los soldados de su cuartel.

«Traté de tomar inmediatamente las disposiciones necesarias y co- mo el oficial que me había traído la noticia no supo darme de la di- rección que los insurrectos habían tomado, envié para averiguarla á mis ayudantes á los caminos de Madrid y Navarra, mandando al mis- mo tiempo tocar generala y formando con el mayor orden las tropas en sus cuarteles y y los batallones de la milicia Nacional en sus pun- tos de reunión acostumbrados.

«Al amanecer revisté uno por uno los batallones de la milicia, que estaban reunidos desde las tres y media, encomendándoles la custodia y el orden de la ciudad, y sabiendo ya la dirección de los sublevados, racioné mi tropa y me puse en marcha, sobre las cinco de la mañana, con unos seiscientos infantes que era toda la guarnición de Zaragoza, y 50 caballos de nacionales. La escasez de esta arma fué causa de que en el momento de mi marcha hiciese salir al comandante Moriones con la comisión de reunir toda la caballería de carabineros, mas una sección del escuadrón de Aragón que había en Cinco Villas, previ- niéndole se dirigiese á la Almunia, pasando el Ebro por Gallur para incorporarse lo mas pronto posible.

«Llegué á la Muela dos horas despues de haber salido los subleva- dos y supe que allí, y no antes, habían leído á la tropa las proclamas de Carlos VI y religión, llegando á su punto mi asombro y el de to- dos al ver que se habían metido en semejante empresa los sargentos de caballería, casi todos aragoneses y muchos de familias muy com- prometidas por la causa liberal. Esto hacia que todos los jefes y ofi- ciales de los escuadrones sublevados que, excepto el capitán Corrales, me acompañaban anhelasen dar vista á los sublevados en la creencia de que apenas los viesen la tropa al menos volvería á su deber. Yo que participaba también de este error, despues de un ligero descan- so, seguí la marcha, y al llegar cerca de la Almunia supe que los su- blevados, no habiéndose, por recelo de los nacionales, atrevido á en- trar en el pueblo, se habían dirigido á Almonacid de la Sierra, don- de aun permanecían.

«Hice alto para esperar á la infantería que traía ya siete leguas de marcha y, dándola un descanso, sobre las cinco de la tarde me puse en movimiento sobre Almonacid, haciendo que de la Almunia se me reuniesen una compañía de nacionales y unos 20 guardias civiles pa- ra que, como mas descansados pudiesen seguir á la caballería, pro- poniéndome con esta adelantarme hasta dar vista á los insurrectos. Llegábamnos cerca de Almonacid, cuando vimos en efecto, que por detrás de un cerro se corrían aquellos en dirección á Cariñena.

«Los seguí á un paso mas vivo, previniendo al brigadier Thomas que mandaba la infantería que formándola en columna siguiese por el llano de Alfamen en la misma dirección de Cariñena. Anochece ya cuando les dimos alcance, y habiéndose adelantado los jefes y oficia- les á recordar su deber á los soldados insurrectos, estos los recibieron al sable y carabina, de lo que resultaron al momento tres oficiales heridos, viniendo en seguida toda la fuerza sublevada sobre mí que con los nacionales de caballería habíamos quedado en reserva; pero la compañía de nacionales de la Almunia y los civiles, ocupando una corraliza, rompieron el fuego y los contuvieron. Acto continuo viendo que no podían llevar el carro donde conducían la caja del escuadrón de Bailen le abandonaron, rompieron esta y se repartieron apresura- damente el dinero, tomando despues la dirección de Paniza, adonde algunos nacionales de Cariñena los siguieron en observación.

«Tal fué el choque de Alfamen que algunos han criticado al general GURREA, pero nosotros en vista de la anterior relación que hace el mis- mo general extractándola de un diario de operaciones que llevó uno de los oficiales de su E. M., creemos que no puede hacerse otra inculpa- ción que la de haber participado del error en que estaban los jefes y oficiales de que á su voz se reducirían los soldados á su deber; error muy disculpable si se atiende á lo extraño del suceso, pues ni aun en tiempo de la guerra civil se habían visto cuerpos enteros proclamar á D. Carlos, y á la confianza que siempre ha infundido la buena disci- plina del soldado español, aumentándose esta confianza con las noti- cias que por el camino daban los paisanos de que la tropa iba enga- ñada.

El general GURREA continúa:

«Visto el éxito del choque y que por el pronto era imposible conti- nuar la persecución por no tener mas caballería que la ya expresada, alojé aquella noche mi tropa en Alfamen, donde ya á la mañana si- guiente se me incorporó el comandante Moriones con la caballería de Cinco Villas, y aunque algo fatigada todavía la tropa, pude aquel día moverla hasta Aguaron. Supe allí por confidentes, que había enviado aquella madrugada, que la caballería insurrecta desde Paniza se ha- bía dirigido á Aguilón, haciendo desde aquí un nuevo movimiento que me indujo á creer que su propósito era, y en efecto no me engañé,

«el de incorporarse á la partida que aquella noche había levantado Marco de Bello en Aced, donde se hallaba, formada de gente de Ca- latayud, ribera del Giloca y campo de Bello. Marché en el momento á situarme en Mainar, supuesto que no tenía otro paso la caballería que el de Campo Romano, y al día siguiente 25, por si intentaban pasar el río por Burbaguena, me situé en Cucalon.

«Los insurrectos entonces vieron lo que no podían verificar su reu- nión con Marco, por haberme yo interpuesto, se dirigieron rápidamen- te á Caspe, donde siempre hay muchos elementos carlistas; pero ya cerca del pueblo tropezaron con la columna del coronel Mateo, que recorría también hacia tres meses los pueblos de la tierra baja, por mi orden, pues recelaba yo allí alguna insurrección. Viéndose acosados también en las orillas del Ebro los sublevados retrocedieron rápida- mente sin parar hasta Ejulve, siguiéndolos el coronel Mateo hasta Al- corisa, de donde no pudo pasar aquella noche porque la caballería es- taba rendida de fatiga.

«Cuando supe el movimiento de la caballería hacia el Ebro desta- qué una columna al mando del brigadier Thomas en persecución de Marco, y previne al brigadier Serrano Bedoya, que venía de Madrid, que no siguiese á Calatayud con arreglo á las instrucciones que lleva- ba, sino que dejando la carretera se inclinase desde Alhama al campo de Bello poniéndose en combinación con el brigadier Thomas, para la destrucción de la partida Marco. Tomadas estas disposiciones me pu- se en marcha, siguiendo el derrotero de la caballería, y pernoctando el 27 en Huesca y el 28 en Alfoz, de cuyos puntos había salido la partida García unida ya con la caballería insurrecta. Durante la marcha de aquel día y de aquella noche combiné la persecución de aquella gente por medio de cuatro columnas, á saber: la del comandante general de Teruel que se hallaba ya en la parte de Segura, la del coronel Mateo que subía de Alcorisa, la del de igual clase Pieltain á quien previne ocupase aquella noche á Esteruel, y la que operaba á mis órdenes. A pesar de esta combinación no perdí de vista la tierra baja, donde mas que en ninguna otra parte recelaba la insurrección mas peligrosa.

«Con esta expectativa y aguardando noticias de Alcañiz, no quise ponerme en marcha temprano el 29, y en efecto, á las 11 de la maña- na recibí el parte del gobernador de Alcañiz anunciándome el conato de desarmar aquella milicia nacional y la insurrección de Caspe, Maella, Mazaleón, Valdealgorta y otros pueblos del Maestrazgo. No pertenecía ya aquel territorio á mi distrito; pero siendo aquella parte la que menos confianza me inspiraba me decidí á marchar sobre la nueva facción, dejando las instrucciones convenientes para la perse- cución de García á las columnas Pieltain, conde de Pestagua y Mateo.

«Marché rápidamente con la mía aquel día á Calanda y al día si- guiente llegué á Alcañiz. Como el gobernador de este punto me asegu- rase que todas las partidas reunidas se hallaban en Caspe, desde luego concebí la esperanza de destruirlas al día siguiente, y al efecto seguí á pernoctar en Valdealgorta, previniendo á la tropa antes de alojarla que estuviese pronta á formar al romper el día. Subían los montemo- linistas aquella noche de Caspe á pernoctar también á Valdealgorta y cuando supieron que me hallaba también alojado allí, entró en ellos el desaliento y fueron á refugiarse á los Vales, terreno llamado así por- que le forman cinco pequeños é intrincados valles, que partiendo del Azud de Caspe van ensanchando y vienen á terminar á lo largo del ca- mino alto que conduce de Valdealgorta á Maella.

«Ignoraba yo este movimiento de los carlistas, por no haber vuelto todavía mis confidentes, cuando al amanecer formé las tropas; pero co- nociendo el terreno desde la anterior guerra civil bien se me alcanzaba que no tenían otro refugio; así que, puesto en marcha al llegar á la al- tura del primer valle destaqué una columna, haciendo lo mismo en los demás, hasta que con la corta fuerza que llevaba ocupé los cinco valles con otras tantas columnas que debían coincidir al Azud de Cas- pe. Los carlistas se hallaban en el primer valle llamado Valdejerique, y al ver desembocar la columna, como el terreno está cubierto de pi- nales bajos, lograron pasarse á Valcomuna sin ser vistos, con el objeto de colocarse á retaguardia é ir á incorporarse con García; pero trope- zaron con la segunda columna: pasaron del mismo modo al otro valle Valmediana y se encontraron con la tercera columna, y convencidos entonces de que los cinco valles estaban ocupados, retrocedieron pre- cipitadamente al Azud de Caspe, donde ya desembocaban las dos co- lumnas de la izquierda mandadas por el coronel Salcedo. Estas destro- zaron completamente sin grande esfuerzo á los carlistas, quedando muertos algunos en el campo y presentándose á indulto en aquella no- che todos los que la habían formado y lograron escapar. Y tal era la importancia que en mi concepto tenía este suceso que al dar cuen- ta al gobierno en la misma noche del 31 desde Maella dije: «que confiaba en que en breves días podría anunciar la completa pacifica- ción del país.» Pude aventurar este anuncio en primer lugar por el efecto que había de producir en Navarra y Cataluña, y despues porque conocía mejor que los que me criticaban el espíritu del país, y sabía los elementos que había en la facción García, única que ya quedaba, y en la cual había introducido si no la discordia al menos el desaliento, in- duciendo á las mujeres, madres ó hermanos de los que la formaban de los pueblos de Alfoz, Andorra, Calanda y otros para que fuesen á exhortar á sus parientes á que volvieran á sus hogares.

«El día siguiente 1.º de junio me detuvo en Maella un fuerte tempo- ral; pero el 2 marché á Alcañiz donde se me presentaron á indulto, previo convenio verbal dos de los principales jefes de la partida des- truida en los Valles. A estos hice ver que el país quería la paz y les indiqué que si los cabecillas que huían con García se me presentaban á indulto les libraria de la pena capital, que era lo único que estaba en mis atribuciones, pues siendo muchos de ellos oficiales revalidados te- nían que someterse á un consejo de guerra y á la resolución del go- bierno.

«Estas indicaciones, la destruccion de la partida del bajo Aragon en los Valles, y la de Marco de Bello por las columnas de Serrano Bedoya y Thomas el dia 28, debian aumentar el desaliento en la faccion de Garcia, y en esta confianza me puse en marcha el 5 para Calanda llevando dividida mi fuerza en dos columnas por las dos orillas del rio, sabiendo que parte de la caballeria contraria habia bajado hacia el Desierto. Combinada la marcha para encontrarse por la tarde las dos columnas en Mas de las Matas, pasé yo de Calanda con la mira de acercarme á las columnas de Pieltain, Pestagua, Mateo y Thomas que ya venian á incorporarse. Esta última fué la que al llegar á Mas de las Matas supo que la caballeria habia retrocedido con mi movimiento hacia la Agua-viva, donde logró darla alcance cogiendo algunos prisioneros. El resto de esta partida haciendo aquella noche una marcha casi increíble, logró pasar el Ebro y fué despues destruida en la provincia de Lérida.

«Dejando al cuidado del brigadier Tomás la persecucion de esta caballeria hice marchar las columnas Pestagua y Mateo á Alloza, situándome yo en Castellote á esperar avisos de los brigadieres Serrano y O'Donnell á los cuales habia dado instrucciones, como tambien á Pieltain para la persecucion de Garcia, el cual anduvo siempre acosado entre cuatro, cinco y aun seis columnas, que no le dejaban ni un momento de descanso.

«El dia 5 empezaron ya á presentarse en Castellote los jefes y oficiales de la partida de Garcia, y el 6 se habian ya presentado todos, dejándole solo con su secretario y unos 50 aballos de los sublevados de Zaragoza. En los mismos dias 5 y 6 recibí avisos de los alcaldes de Calanda, Forcalanda, Alcorisa, Alloza, Olite, Molinos, Ejulve y demas pueblos, de haberse presentado á indulto todos los mozos que se habian marchado con Garcia, de modo que el dia 6 hubiera podido ya dar la proclama, anunciando la completa pacificacion del pais; pero por si aun quedaba alguno lo diferí hasta el 8.

«Destaqué, por último, al comandante Landa con 40 caballos de carabineros en persecucion de los que habian acompañado á Garcia hasta que este se ocultó, y los cuales habiendo intentado pasar el Ebro por Gallur tuvieron que retroceder, y fueron hechos prisioneros por los nacionales de la ribera del Jalon. Así terminó una insurreccion que se presentaba tan formidable, siendo de notar que no solamente Corrales, Puellas y Hernando, que sacaron la tropa de los cuarteles, expiaron su traicion, sino que no logró fugarse ni un solo sargento ni soldado de los sublevados.»

Hasta aquí el relato del general, que siendo tan completo nada nos deja que añadir; sino, respecto á los que le han criticado el no haber empleado mayor rigor, que parece natural que terminada tan felizmente la insurreccion se contentara con que la ordenanza juzgase á los que debia juzgar, y es indudable que su buen comportamiento con los pueblos y corporaciones municipales contribuyó á la mas pronta pacificacion del pais.

Apenas este habia tenido tiempo de reponerse de la alarma causada por esta insurreccion, ocurrieron nuevos disturbios en Zaragoza. Fieles nosotros á nuestro sistema de dejar al general en completa libertad de explicar los principales sucesos y operaciones de este importante mando, nos limitaremos á reproducir los siguientes párrafos de unos apuntes suyos que vamos siguiendo. Dicen así:

«En la tarde del 11 de noviembre de 1833 me participó el alcalde que algunos grupos de la hez del pueblo habian ido á su casa pidiendo que se bajase el precio del pan y el de la leña; que habia procurado disuadirlos, pero que se habian ido á la puerta del Angel á hacer desembarcar el trigo que se exportaba. Le dije entonces que fuese inmediatamente al punto indicado, y que con la guardia de nacionales que allí habia, reforzada con la del principal, prendiese á los amotinados. Estos se resistieron, segun supe despues, y habiendo yo oido tocar generala creí seria de orden del alcalde; pero no fué así, y y formados los batallones insistieron en venir á reunirse al Coso desobedeciendo abiertamente á sus jefes y oficiales. Exigieron estos á las 9 de la noche, que me presentase á los batallones; yo lo hice así, exhortándolos á que se retirasen, y cuando creí conseguirlo se renovó la confusion por haberse creído acusado un nacional por su jefe de querer matarme. Nombróse despues una comision que se entendiese con otra del ayuntamiento contra el cual demostraba la milicia grandes quejas y odio marcado, y entonces se vió que se convertia aquello en una manifestacion politica, pues exigian que aquella corporacion reclamase otra marcha del gobierno. Mientras esto pasaba sonaron muchos tiros sin que supiéramos la causa, y los batallones se retira-

ron, haciéndolo despues las comisiones, con oferta del ayuntamiento, de ocuparse de sus reclamaciones locales; pero desentendiéndome yo de todo lo que expusieron respecto á politica.

«A la mañana siguiente volvieron á reunirse los batallones espontáneamente y dijeron que no depondrian las armas hasta que el ayuntamiento quisiera satisfacer las reclamaciones de una comision de sus oficiales. El ayuntamiento reclamó mi presencia, y en efecto asistí á la sesion, en la que, despues de un largo debate, logré al fin que se retirasen los batallones. Entretanto me hallaba yo en la situacion mas delicada: desde el primer momento de alarma tenia las tropas en los cuarteles y en la mejor disposicion, si bien solo ascendian á 800 infantes y 150 caballos; pero aun con fuerzas mas numerosas no me hubiera decidido á ponerlas en una colision cuyas consecuencias hubieran sido funestas para la ciudad y de trascendencia acaso para todo el pais. Me decidí, pues, á esperar una reaccion favorable, atrayéndome poco á poco la gente sana de la milicia y obrar despues.

«Por telégrafo comuniqué mi plan al gobierno; este le aprobó, y desde el 12 hasta el 15, al mismo tiempo que aparentaba una indiferencia completa, trabajaba sin descanso sobre todo por la noche. A las doce de la del 15 reuní en mi casa á los jefes de la milicia y de la guarnicion. Creia yo poder contar ya con 15 compañías de la milicia, y embebiendo estas con las del ejército formé cuatro columnas, y á las ocho de la mañana, cuando todos me creian dormido, ocupé militarmente cuatro puntos estratégicos de la ciudad, y llamando á los jefes y oficiales de la milicia hice que ellos mismos procediesen al desarme de unos 800 nacionales que, faltando á la ley, estaban armados y habian sido causa de aquellos alborotos.

«Estos son los hechos en resumen, siendo falso, como se ha querido suponer, que luego devolví los fusiles á todos: los devolví á unos 50 que fueron indebidamente desarmados. No es mas exacto lo que se ha querido suponer que yo hiciese dimision á consecuencia de aquellos sucesos, no era esto posible cuando el gobierno habia aprobado completamente mi conducta.

«Las causas de mi dimision eran muy anteriores á aquellos sucesos, y ya antes la habia hecho en mas de una ocasion, y así no hay mas que ver la Real orden aceptándola en que así consta.»

Nada nos queda que añadir despues de este relato sino que el general GURREA continúa desde entonces en la situacion de cuartel.

Hé aquí el cuadro de sus ascensos y años de servicio.

FECHA DEL NOMBRAMIENTO.			EMPLEOS.	AÑOS DE SERVICIO.		
Día.	Mes.	Año.		Años.	Meses.	Días.
1.º	Julio.	1834	Soldado distinguido de Carabineros.	»	6	15
16	Enero.	1835	Alferez de caballeria.	»	»	»
16	Julio.	1835	Grado de teniente.	1	6	18
4	Agosto.	1836	Teniente.	»	»	»
15	Marzo.	1837	Grado de capitán.	»	9	25
29	Mayo.	1837	Capitán.	»	»	»
22	Junio.	1838	Grado de teniente coronel.	3	»	1
30	Mayo.	1840	Comandante.	1	4	13
15	Octubre.	1841	Teniente coronel mayor.	1	8	18
10	Noviembre	1841	Grado de coronel.	1	»	»
1.º	Julio.	1843	Coronel.	11	1	»
50	Julio.	1843	Brigadier de caballeria.	1	»	»
29	Julio.	1854	Mariscal de Campo.	1	9	2
ABONOS.						
Por la guerra civil.				5	8	»
Total de servicios hasta fin de diciembre de 1855.				27	2	»

El Mariscal de Campo D. IGNACIO GURREA está condecorado con tres cruces de San Fernando de 1.ª clase, las de Mendigorria, toma de las lineas de San Sebastian, asalto de Irun, toma de Morella, 7 de octubre y otras de distincion por acciones de guerra. Despues de haber manifestado su valor durante la campaña en las diversas vicisitudes que ha corrido á causa de su consecuencia politica, el general GURREA ha dado pruebas de un carácter independiente y enérgico, que no se abate con las desgracias de la vida; y estas circunstancias le han conquistado un puesto honroso en las armas y en la politica.